

Rouvier, ponente general. El Parlamento hizo más de lo que pedía el gobierno: hizo á los municipios un regalo de 17 millones, equivalente al producto de la retribución escolar; concedió 4 millones más al ministerio del Interior para los servicios penitenciarios y para los comisarios de policía; 6 millones más á Marina y Colonias para aumento del efectivo, construcciones navales y aumento de sueldos; 2 millones más á Argelia y á las colonias para aumento de personal y de haberes; 6 millones más á la Instrucción pública para aumento de personal y creación de empleos, y 9 millones á Obras públicas para nuevos trabajos que se trataba de emprender.

VI

En el anterior capítulo hemos estudiado la obra legislativa realizada durante el primer ministerio Ferry. Vamos ahora á referir la historia de este ministerio en el interior y en el exterior, empezando por decir de qué manera gobernó, cuáles fueron sus actos administrativos y cuál fué la impresión causada por estos actos y por la política general del gabinete en el Parlamento y en el país.

El ministerio había subido al poder el 23 de septiembre, en plenas vacaciones; la opinión se mostró poco favorable al nuevo gabinete. Clemenceau, en un gran discurso pronunciado en Marsella, atacó vivamente á Gambetta y á su «dictadura oblicua,» haciéndola responsable de la última crisis ministerial y criticó á aquellos gabinetes que nacían, vivían y morían, sin que su nacimiento, su vida y su muerte fuesen imputables al Parlamento.

Al final de las vacaciones reinó la agitación causada por los decretos relativos á las congregaciones; si volvemos á mentarla es para señalar una carta de León XIII al cardenal Guibert. En términos diplomáticamente suaves, el papa aprobaba la sumisión de los superiores de las congregaciones al gobierno y recordaba con un poco más de firmeza á los jefes del partido reaccionario su deber de obediencia á las instrucciones pontificias.

Reanudadas las sesiones parlamentarias, Buffet interpelló en el Senado al presidente del Consejo de ministros sobre la ejecución de los decretos. Julio Ferry señaló en todas partes á seglares estimulando la resistencia de los religiosos. Freycinet intervino para hablar del papel que desempeñó en la crisis, y lo hizo con un tacto y una habilidad tan grandes que la opinión le señaló para una futura presidencia del Consejo. Avido de impopularidad, Julio Simón propuso un voto de censura contra el gabinete. El Senado respondió adoptando por 143 votos contra 137 la orden del día pura y simple aceptada por Ferry.

Las cosas no fueron tan bien en la Cámara y el ministerio debutó con una derrota que podía parecer de mal augurio. Después de haber leído una declaración muy altiva, el ministro pidió la inscripción de las leyes escolares en la orden del día; petición muy natural de parte de un gabinete que debía la existencia á los acontecimientos que hemos referido. La Cámara no lo entendió así y concedió la prioridad á la ley sobre la reforma de la magistratura. Ferry se retiró y no volvió á

encargarse de sus funciones hasta el día siguiente, después de una sesión en que un amigo complaciente, Luis Legrand, le proporcionó la ocasión de explicarse; en que Clemenceau le atacó con su lógica fría y concluyente y en que 280 votos contra 149 le permitieron una vuelta, si no triunfal, honrosa. La Cámara emprendió luego la reforma de la magistratura. La obra común de la comisión y del Gobierno, atacada por Goblet, que veía en la elección de los jueces la solución del porvenir, y por Ribot, que la calificaba de simple expediente, fué defendida con brillante superioridad por Waldeck-Rousseau. Votado por la Cámara el proyecto de Cazot, cuyo carácter principal consistía en la supresión de la inamovilidad, con el derecho concedido al gobierno de combinar al personal durante un año, no había de ser votado durante el ministerio Ferry.

La subida del nuevo ministerio se había señalado con cambios importantes en la alta administración de los Negocios extranjeros y de la Hacienda. En el primero de estos dos departamentos la dirección del personal fué confiada á la subsecretaría. El movimiento administrativo fué diferido hasta el 18 de noviembre, pero alcanzó á 144 funcionarios.

Pocos días después, el general Cissey fué reemplazado por el general Zentz en el mando del undécimo cuerpo de ejército. Muy valiente en presencia del enemigo, el general Cissey mostróse débil en presencia de una especie de aventurera de origen sospechoso y de costumbres ligeras, mujer separada de un oficial de Estado mayor, tan honorable como distinguido. Al verse el pleito promovido por este oficial contra su mujer, para convertir en separación judicial la separación de hecho, el abogado del marido, Sr. Allou, tuvo que explicar la naturaleza de las relaciones que habían existido entre el ex ministro de la Guerra y la Sra. de Kaula. Alarmóse la opinión. Tres periódicos, *Le Petit Parisien*, *L'Intransigeant* y *Le Petit Phare de la Loire*, acusaron al comandante del undécimo cuerpo de ejército de haber revelado á la Sra. de Kaula los secretos de la defensa nacional y el plan de movilización. Relevado de su mando, el general llevó ante los tribunales á sus difamadores que fueron condenados á 8.000 francos de multa y al pago de costas. Pero la emoción pública había sido tan viva que la Cámara se ocupó del asunto y nombró una comisión encargada de abrir una información sobre los actos imputados al ministro. Al cabo de tres meses de investigaciones, la comisión, por unanimidad, declaró al general Cissey inocente de concusión y traición, pero formuló un severo juicio contra las prácticas administrativas del ministerio de la Guerra. La Cámara adoptó estas conclusiones y las trasladó al ministro interesado, general Farre, á efecto de las medidas que debían tomarse contra cierto número de altos funcionarios. El general Cissey murió un año después, el 14 de junio de 1882. ¡Triste fin de una carrera militar que había tenido horas gloriosas! El resultado más funesto de aquella lamentable cuestión fué el de dejar en muchos ánimos gérmenes de sospecha y desconfianza.

El Senado que, en noviembre, había elegido al general Farre senador inamovible, aprovechó, pocos días después, la ocasión de manifestar su repugnancia en entrar demasiado pronto en la vía de la reforma que

consistía en dar carácter laico á la enseñanza. El sucesor de Fernando Duval en la prefectura del Sena, señor Herold había mandado quitar los emblemas religiosos de las Escuelas municipales de París. Interpellado por los Sres. Buffet y Lareinty, el presidente del Consejo aprobó la conducta del prefecto del Sena, quien á su vez declaró, con una desenvoltura mortificante para los católicos, que nadie podía negar al municipio de París el derecho de trasladar parte de su mobiliario escolar. Esta defensa inconveniente disgustó al Senado, que adoptó, por 152 votos contra 82, una orden del día así concebida: «El Senado, sintiendo el acto que ha sido objeto de la interpelación, pasa á la orden del día.» Esta censura no tuvo ninguna consecuencia política: Ferry conservó su cartera y Herold su sillón prefectoral. El gobierno no se consideró maltrecho; pero salió quebrantado de la discusión. Y lo fué aún más por el fallo absolutorio que el Tribunal de París pronunció en la causa formada á monseñor Cottón, obispo de Valence, que había escrito al Sr. Fallieres, subsecretario del Interior, una carta en que declaraba que la conducta del gobierno era «el colmo de la maldad y del cinismo.»

El 9 de enero de 1881 hubo elecciones municipales en toda Francia, resultando elegidos en París 37 miembros de la extrema izquierda, 35 de la izquierda y 8 de la derecha. No triunfó ninguno de los 58 candidatos presentados por los colectivistas revolucionarios, y el nuevo consejo, aunque eligió un presidente de la extrema izquierda, por no haber venido á una inteligencia la derecha y la izquierda moderada, no fué mucho más radical que el anterior.

En el resto de Francia, los consejos municipales republicanos estaban en mayoría en 76 departamentos.

Al empezar la legislatura ordinaria de 1881, Gambetta fué reelegido presidente de la Cámara por 262 votos sobre 307 votantes y la asamblea acordó la fijación del discurso que el jefe de la mayoría pronunció al tomar posesión de la presidencia. En este discurso, el gran orador recordó todo lo que había hecho la Cámara elegida en 1877. Había puesto fin á las hazañas del poder personal y á las tentativas de los antiguos partidos, había restaurado en su sinceridad al gobierno del país, había devuelto París al Parlamento y el Parlamento á París, había echado un velo sobre el resto de las discordias civiles, había votado las leyes de la educación nacional restableciendo en su integridad los derechos del Estado, había dado un impulso decisivo á las obras públicas y había reformado y refundido el material militar y naval de Francia. Faltábale á la Cámara reformar la ley de reclutamiento, organizar la administración militar, fijar las reglas del ascenso, poner las libertades públicas al amparo de toda violación por medio de leyes previsoras, rodear la República de instituciones cada vez más liberales y democráticas. Los entusiastas aplausos con que fué acogido este programa hacían pensar que era una lástima que Gambetta no hubiese sido llamado á gobernar con aquella Cámara que él había conducido á la victoria, después de inculcarle la moderación y la disciplina. La gran falta de Grevy no estuvo quizá en acabar como acabó, sino en haber excluído á Gambetta, durante tres años, de la política activa.

De tarde en tarde resonaba en una y otra Cámara, pero sobre todo en el Senado, como un eco, cada vez más débil, de la ejecución de los decretos. Habiendo el Tribunal de Conflictos admitido las declinatorias de incompetencia de los prefectos, el Sr. Baragnón atribuyó los fallos de este tribunal á la intimidación que su presidente, el ministro de Gracia y Justicia, ejercía sobre él y pidió que el ministro fuese excluído de la presidencia. El Sr. Cazot contestó como jurista á Baragnón y el Senado le dió razón por 143 votos contra 128. Después de esta victoria, Cazot respondió aún con más inteligencia absteniéndose de asistir á las sesiones del Tribunal, cuya jurisprudencia siguió siendo la misma que bajo la presidencia del ministro.

En el mes de marzo, una interpelación de Thomson sobre la encarcelación arbitraria de algunos indígenas de Constantina, hizo hablar del gobernador general de Argelia, Alberto Grevy. La Cámara para no poner en jaque al hermano del presidente de la República, adoptó la orden del día pura y simple. No es que la defensa del gobernador le hubiese convencido, sino que comprendía que el presidente, y su hermano, y el ministro del Interior y la Cámara misma se hallaban en una situación falsa, y salió de ella por el medio menos comprometedor. Fué igualmente por cansancio que el Senado votó la orden del día pura y simple, después de una interpelación de Batbie sobre los establecimientos libres en que las congregaciones disueltas se habían reconstituido.

El gabinete iba á encontrarse en presencia de una dificultad mucho más grave que las ya encontradas desde su formación. La cuestión del escrutinio de lista ó del escrutinio uninominal hacía tiempo que se hallaba planteada y se ponía candente á medida que se acercaban las elecciones generales. La doctrina del partido republicano no había variado nunca desde 1848; sus preferencias estaban en favor del escrutinio de lista por departamento, y si el escrutinio de distrito triunfó en 1875 en la Asamblea nacional, debió aquella reñida victoria á Dufaure que se declaró en favor.

Si con la cuestión del escrutinio no se hubiese mezclado una cuestión personal, la lista hubiese triunfado seguramente en ambas Cámaras. Pero los adversarios de Gambetta, á quienes poco importaba en el fondo la manera de votar, únicamente preocupados de destruir de antemano su supuesta dictadura, trataron de oponer potencia á potencia, es decir, al jefe de la mayoría el jefe del Estado, cuyas repugnancias por el escrutinio de lista no eran un misterio para nadie. Siendo la lucha entre Gambetta y Grevy, el resultado sólo era dudoso en la Cámara. Se sabía que varios ministros eran hostiles al escrutinio de lista, se sabía que la izquierda andaba dividida sobre la cuestión, pero era conocida la influencia persuasiva del gran orador y todo podía esperarse de su intervención en el debate.

La proposición Bardoux, en favor del restablecimiento del escrutinio de lista, había sido presentada en julio de 1880. La comisión encargada de estudiarla contaba 8 partidarios del escrutinio uninominal y 3 partidarios del escrutinio de lista. Cuando el presidente del Consejo compareció ante la comisión, para dar á conocer la opinión del gobierno, declaró que éste permanecería neutral, como si un gabinete responsable pudiese

permanecer neutral en una cuestión de tanta importancia. Julio Ferry dió detestables razones para explicar su abstención y la de sus colegas: no querían dividir á la mayoría con su intervención; como si la mayoría no se hallase ya profundamente dividida; como si la división no tuviese que producirse, más grave todavía, entre la Cámara y el Sena lo; como si no hubiese de estallar el divorcio entre el elegido del Parlamento y el elegido de la Francia republicana, entre Grevy y Gambetta. Una declaración de franca hostilidad al escrutinio de lista, hecha por Ferry, hubiera valido más que su declaración de neutralidad que no era más que una confesión de impotencia; hubiera modificado quizá la votación de la Cámara, y hubiera tenido sin duda, desde el punto de vista de la claridad de las situaciones, consecuencias menos funestas.

El 16 de mayo, Boysset leyó en la Cámara un dictamen poco concluyente contra el escrutinio de lista, en que intempestivas personalidades contra Gambetta hacían las veces de argumentos. El 19 de mayo, empezó la discusión con un discurso de Bardoux, lleno de elevación y de mesura. Roger le contestó con mucha energía y tacto, sin dejarse llevar á las recriminaciones de Boysset, y Gambetta tomó la palabra. Tan bien inspirado como en sus mejores días, hizo oír á sus colegas, salidos del escrutinio de distrito, las verdades más duras; les presentó el empleo del escrutinio de lista como el único medio de levantar el nivel de la representación nacional y terminó con la célebre conjuración del poeta latino:

«*Et propter vitam vivendi perdere causas* (1).»

Nadie contestó á Gambetta y 243 votos contra 235 decidieron pasar á la discusión de los artículos, y el artículo primero fué luego adoptado por 267 votos contra 205. El escrutinio de lista había triunfado.

El 28 de mayo, Gambetta se encontraba en Cahors y, en un discurso pronunciado en el concurso regional de esta ciudad, defendió con calor la institución senatorial. Era una hábil contestación á Barodet y á sus colegas de la extrema izquierda que habían pedido, semanas antes, la supresión del Senado; era sobre todo una convicción firme del presidente de la Cámara, expresada con alguna solemnidad ante sus compatriotas.

Vuelto á París, el 31 de mayo, Gambetta insiste oficialmente cerca de sus colegas para que se aplaque la proposición de revisión, y así lo pide el mismo Barodet. Ni uno ni otro son escuchados. Discútese la proposición; apoyada por Clemenceau, Naquet y Madier de Montjau, combatida por el ministro de Gracia y Justicia y por el presidente del Consejo, es desechada por 245 votos contra 184, y esta votación priva á Gambetta de un poderoso medio de acción sobre el Senado que ya nada teme.

La comisión senatorial del escrutinio de lista, que no comprendía más que un miembro favorable, no juzgó siquiera necesario llamar al presidente del Consejo; escuchó con complacencia á dos de sus miembros, alegando la opinión, muy conocida, del presidente de la República, y encargó á su ponente, Sr. Waddington, que

(1) No vayáis á perder por la vida todo lo que vale la pena de vivir.

propusiera la desestimación pura y simple de la proposición de ley votada por la Cámara. Waddington mostróse más agresivo que Boysset contra Gambetta. Pretendió que el restablecimiento del escrutinio de lista tendría por resultado abrir de nuevo la puerta al plebiscito «á propósito de un nombre ó de una cosa.» Su principal objeción era pueril. El diputado, elegido por medio del escrutinio de lista y por sufragio universal por todo el departamento, decía el ponente, tendría una situación superior á la del senador, elegido igualmente por el departamento, pero por el sufragio restringido, y el espíritu de la Constitución, que ha querido dar la preponderancia al Senado, resultaría falseado.

Estas míseras razones fueron reproducidas en sesión pública por Waddington y por Jouin. El escrutinio de lista fué defendido por los Sres. Millaud, de la comisión, y Dauphin. Pero la discusión era incapaz de modificar la opinión del Senado, uno de cuyos miembros había pronunciado estas palabras características: «Si esta mañana no se hubiese anunciado la muerte de Gambetta, hubiera yo votado esta tarde el escrutinio de lista.» ¡Triste presagio! Gambetta murió, en efecto, año y medio después, el Senado restableció el escrutinio de lista, y la primera aplicación del sistema, hecho al revés, fué la condenación formal de esta forma de votación. En junio de 1881 el escrutinio de lista fué desechado por 148 votos contra 114: 43 senadores de la izquierda, entre ellos todos los amigos personales de Grevy, habían unido sus votos á los de la derecha. La derrota de Gambetta ante la derecha del Senado no hizo mella en el prestigio del gran tribuno; en cambio disminuyó el del presidente de la República, el del gabinete y el del propio Senado.

Entre la discusión del escrutinio de lista en la Cámara y la discusión en el Senado había habido una nueva interpelación senatorial sobre la substitución de las Hermanas de la Caridad por enfermeras seglares en los hospitales de París. La interpelación iba dirigida al director de la Asistencia pública, Sr. Quentin; pero como éste no era senador y no pudo defenderse, lo defendió su jefe jerárquico, Sr. Constans, aunque sin evitar un voto de censura del Senado.

La frialdad que reinaba entre el presidente del Consejo y el presidente de la Cámara desde el 9 de junio, había producido un verdadero malestar en el mundo parlamentario. Por otra parte, la Cámara, cuyos poderes expiraban el 14 de octubre y que ignoraba la fecha de las elecciones generales, se mostraba agitada y nerviosa. Por esto experimentó un verdadero desahogo cuando Clemenceau interpelló á Grevy sobre aquella cuestión palpitante, el 28 de julio. El ministro contestó que el señalamiento de las elecciones era una de las prerrogativas esenciales del poder ejecutivo y añadió que el gobierno había resuelto convocar los comicios para una fecha lo menos remota posible del 21 de agosto. Esta noticia sorprendió á todo el mundo: el llamamiento, por el general Farre, de una parte de las reservas del ejército activo en el mes de agosto había hecho creer que las elecciones no tendrían efecto hasta septiembre. Clemenceau volvió á subir á la tribuna, dirigió un violento ataque al gobierno y presentó un orden del día declarando que «el señalamiento inesperado de las elecciones generales para una fecha muy próxima,

cuando la convocatoria de los reservistas indicaba una fecha ulterior, tendría el carácter de una sorpresa y constituiría un manejo electoral.» Julio Ferry opuso á Clemenceau una petición de orden del día pura y simple que sólo reunió 214 votos contra 201. La mayoría comprendía 4 ministros, 6 subsecretarios y dos miembros de la derecha. Tal fué la última batalla librada por el gabinete del 23 de septiembre ante la Cámara de 1877. Al día siguiente de aquella pobre victoria, que un gobierno más susceptible hubiese considerado como una derrota, el presidente del Consejo hizo decretar la convocatoria de los electores para el 21 de agosto.

No hubo traza de presión ni de ingerencia oficial en las elecciones del 21 agosto. Inmediatamente después de la separación de las Cámaras, el ministro de Instrucción pública envió á los rectores una circular recomendando á los cuerpos docentes y á los administradores la reserva más escrupulosa. No se quiere reducir los maestros al papel de espectadores indiferentes de los grandes debates en que se trata del porvenir del país, pero el gobierno tampoco quiere, en manera alguna, convertir al maestro en agente electoral á su servicio, ni tolerar que se convierta, de grado ó por fuerza, en agente electoral de nadie.

Las elecciones de 1881 fueron, pues, enteramente libres. El período electoral, merced en parte á su corta duración, fué tranquilo y pacífico. Los partidos y el gobierno esperaron, para adoptar un programa, que Gambetta hubiese formulado el suyo. Este lo hizo en su discurso de Tours, naturalmente distinto del de Cahors en razón de los graves incidentes que se habían desarrollado entre uno y otro. El jefe de la mayoría pide ahora una revisión parcial de la Constitución, sobre el sistema de reclutamiento y las atribuciones del Senado, la reforma judicial, la descentralización administrativa, la supresión del servicio voluntario de un año, la reducción del servicio militar, el impuesto sobre la renta, el mantenimiento, pero también la ejecución íntegra del concordato, la supresión de los bienes de manos muertas y, en el exterior, la política de las manos limpias y de las manos libres.

No le faltaba moderación al programa que Gambetta había sostenido en «el Monte Aventino de la democracia», en la primera circunscripción de Belleville. Había gran curiosidad por saber de qué modo escogiera el gobierno la parte más osada y más nueva del programa, la revisión y, en la revisión, este punto único: el número de compromisarios senatoriales de cada municipio proporcionado al número de sus habitantes. El gobierno la acogió muy bien. En su discurso de Nancy, pronunciado el 10 de agosto, Julio Ferry se declaró partidario de la revisión, pero la quería «parcial», «mitigada», «de buen grado», y sobre todo «oportuna.» Deplora las votaciones del Senado sobre la enseñanza seglar y obligatoria. Esta gran reforma había sido aplazada para otra legislatura porque Julio Simón había hecho aceptar por la alta asamblea «un acto de respeto y adoración á la divinidad.» La mayoría de la Cámara, que opinaba, como Ferry, que no se pone á Dios á votación, desechó la enmienda senatorial. Pero Ferry, que había dejado que se formase una mayoría senatorial contra el escrutinio de lista, estaba autorizado á quejar

se de que una mayoría, compuesta casi de los mismos elementos, se hubiese formado contra la más importante de las leyes escolares?

En Nancy como en París, el presidente del Consejo recomendó la unión á los republicanos y lanzó la afirmación inesperada y algo atrevida de que la izquierda republicana y la unión republicana constituían uno de los mejores consorcios parlamentarios que se pudiesen encontrar. Es decir, que el presidente del Consejo había capitulado ante el presidente de la Cámara, de quien dijo en otra ocasión que sería, si necesario fuese, su primer lugarteniente.» Después del discurso de Nancy, un periódico pudo estampar estas palabras: «El único hombre que hubiera podido contener la invasora fortuna de Gambetta ha hecho su sumisión.» Todos se sometían á su influencia, á excepción de un pequeño grupo de republicanos de la extrema izquierda que pedían, con Clemenceau, la supresión del Senado, del presidente de la República y del presupuesto de Cultos. Este grupo contenía momentáneamente á los violentos con la exageración de su programa; pero los violentos no habían de tardar en separarse de Clemenceau como se separaron de Gambetta, el 17 de agosto, en Charonne. Los «esclavos ebrios» impidieron al gran orador que se dejase oír é inauguraron aquellas reuniones tumultuosas, aquel régimen «de servidumbre por la violencia», que es la negación misma de la libertad.

Elegido en la primera circunscripción de Belleville y empatado en la segunda, Gambetta se retiró en ésta, entre la primera y la segunda votación. Así contestó á los que le habían acusado de querer hacer *plebisitar*. En cambio algunos de sus acusadores, elegidos en París en la primera votación, mantuvieron en la segunda su candidatura en provincias, donde fueron elegidos sin que ello pusiese en peligro las instituciones republicanas.

En las elecciones del 21 de agosto y 4 de septiembre, los republicanos obtuvieron más de cinco millones de sufragios, contra 1,700.000 obtenidos por los monárquicos de todos matices. La Cámara de 1877 había contado á lo sumo 394 republicanos contra 141 reaccionarios; el número de diputados republicanos, después de las elecciones generales de 1881, elevóse á 467 y el de los reaccionarios quedó reducido á 90.

El mes de septiembre hubiera transcurrido tranquilamente, sin ningún acontecimiento político digno de mención, á no ser por los discursos que pronunciaron Gambetta en el Neuburgo y Julio Ferry en Saint-Dié, y por el manifiesto de la extrema izquierda contra el ministerio. En el Neuburgo, Gambetta excitó á todo el partido republicano á marchar con ponderación y moderación, y declaró que sería una imprudencia el poner de nuevo sobre el tapete, inmediatamente después de la apertura de la Cámara, la legislación electoral. En Saint-Dié, Julio Ferry dejó adivinar su deseo de conservar el poder, después de la brillante manifestación del sufragio universal que podía interpretarse como una aprobación de su política.

En vista de la gravedad renaciente de las cuestiones de Africa, los Sres. Delattre y Luis Blanc habían pedido al presidente del Consejo que convocase á las Cámaras. Julio Ferry se negó á ello, porque existían dos Cámaras de diputados, la de 1877, cuyo mandato no

expiraba hasta el 14 de octubre, y la de 1881, que vivía virtualmente desde los escrutinios de 21 de agosto y 4 de septiembre, y la existencia de dos Cámaras de diputados equivalía a la ausencia total de la Cámara. Por culpa suya, el gobierno se había colocado en tan intrincada situación. Después de avistarse con el presidente del Consejo, los delegados de la extrema izquierda resumieron así, en un manifiesto poco patriótico a sus electores, la política del gabinete Ferry: «La conflagración del Africa no es la única desdicha originada por esa fatal expedición de Túnez. ¿Quién no sabe que amenaza romper los lazos que nos unen a Italia; que ha inquietado a España; que ha despertado los recelos de Inglaterra; que nos ha presentado a Europa como atormentados siempre por el espíritu de conquista, y que ahí está el secreto del artificioso celo de Bismarck en alentarla?»

VII

Examinemos, pues, de cerca la política exterior que provocaba tan amargas críticas. Más arriba indicamos los cambios introducidos en el personal de la administración central por el Sr. Saint-Hilaire. Con aquellos cambios habían coincidido el nombramiento del señor de Mouy como ministro de Francia en Atenas y el del diputado Boissy d'Anglas como ministro de Francia en México, reanudándose con este país las relaciones diplomáticas interrumpidas desde la desdichada guerra de Napoleón III. Por aquellos días ocupó Inglaterra las Nuevas Hébridas que el vicealmirante Dupetit-Thouars había visitado en 1877 y que hubiera podido ocupar entonces tan fácilmente como lo hizo Inglaterra tres años después; pero en Francia la opinión tenía una desconfianza enfermiza de todo lo que semejaba una conquista, por pacífica que prometiese ser, y el gobierno no estaba autorizado a salir de su retraimiento sino para desempeñar su papel en el concierto europeo, con las condiciones establecidas por el Congreso de Berlín.

La cuestión de Oriente se hallaba atascada. El 23 de septiembre y el 4 de octubre de 1880, la Puerta dió, a propósito de los asuntos de Armenia, Montenegro y Grecia, contestaciones que parecían un reto a Europa. Ocho días después soplaban vientos distintos, las disposiciones eran más conciliadoras y, con la nota del 12 de octubre, la Turquía se comprometía a entregar Dulciño al Montenegro.

Pero Turquía, con el apoyo secreto de Bismarck, no hacía una concesión sobre un punto sino para resistir sobre otro, y esta vez se negaba a complimentar las decisiones de la conferencia de Berlín, relativas al tratado turco-griego. Dervich Pachá, encargado de la entrega de Dulciño a los montenegrinos, no cumplió su misión hasta el 26 de noviembre, a pesar de la Liga Albanesa, y la flota internacional, que no esperaba más que aquel pretexto, se separó. La cuestión griega volvió a preponderar. Para acabar con ella, Saint-Hilaire propuso un arbitraje a las potencias: la Puerta no quiso someterse a él, el sultán reunió a los embajadores extranjeros en Constantinopla a fin de entenderse directamente con ellos y la solución fué nuevamente diferida.

Entonces se publicaron, en los periódicos de Viena

y de Londres, tres circulares de Saint-Hilaire, fechadas en 24 y 28 de diciembre de 1880 y en 7 de enero de 1881 y concebidas en términos poco simpáticos para Grecia cuya causa había sido calurosamente abrazada por Francia durante los dos ministerios anteriores. Este cambio determinó una interpelación del Sr. Proust en la Cámara, seguida de una orden del día aprobando la política de paz seguida por el gobierno (7 de febrero de 1881). Quince días después, nueva interpelación provocada por la publicación en el Libro Azul inglés de dos cartas de Edwin Corbett, ministro de Inglaterra en Atenas, que daban detalles sobre la venta de 30.000 fusiles franceses a los griegos y sobre la misión proyectada del general Thomassin. La interpelación Devés terminó con la votación de la orden del día pura y simple. Unicamente hemos hecho mención de ella para señalar el discurso que pronunció Gambetta, instigado por Pascal Duprat. El presidente de la Cámara negó haber ejercido la menor acción sobre el ministerio en funciones y sobre el que le había precedido. Tenía sus opiniones personales sobre la política exterior, pero se impondría la mayor reserva, hasta el día en que conviniere a su país designarlo terminantemente para otro cargo.

Una tercera interpelación hecha en el Senado por el duque de Broglie sobre el mismo asunto, el 24 de febrero, y una cuarta en la Cámara por Clemenceau, el 5 de marzo, hicieron adelantar poco la cuestión griega. Hasta el 22 de mayo no aceptó Grecia, mediante un convenio, el trazado modificado por la Conferencia de Constantinopla. Dicho convenio prescribía a los turcos que evacuaran, en un plazo de cinco meses, los territorios cedidos a Grecia. Entonces la atención del ministro de Negocios extranjeros de Francia pudo fijarse en Africa.

Dueña de Argel, Francia deseó saber lo que pasaba en Túnez, con el cual tiene 300 kilómetros de frontera común y de cuya deuda de 125 millones tenía 100 millones entonces. Los intereses franceses en la Regencia eran enérgicamente defendidos por el cónsul general de Francia, Sr. Roustán. Los de Italia lo eran aun con más energía por su cónsul, Sr. Massio. A instigación de éste, una delegación de la colonia italiana de Túnez había ido a Palermo a saludar al rey Humberto, cuando su primer viaje a Sicilia. Massio, además, había explotado hábilmente la emoción que se había apoderado del mundo musulmán, desde la guerra de los rusos contra los turcos, envuelto en complicadas intrigas al Bey Mohamed es Sadock é impulsado este soberano, absoluto pero débil, a negar todo favor y toda justicia a los franceses. Una sociedad marsellesa adquirió la finca Enfida, y un judío de Gibraltar, José Levy, súbdito inglés, pretendió ejercer sobre la Enfida el derecho de *cheffaa*. Hubo que apelar al jeque, que, desde Constantinopla, declaró la Sociedad marsellesa legítima propietaria. Derrotada en este terreno, Massio trató de hacer retirar a los franceses los trabajos ferroviarios que les habían sido concedidos. La Sociedad Bona-Guelma recibió la orden de no continuar la línea de Túnez a Susa. Con una Cámara que temía hasta las apariencias de una guerra, aquellas faltas a la palabra dada y a los juramentos hubieran podido quedar impunes, aquellas violaciones de los contratos hubieran podido

durar mucho tiempo, a pesar de las enérgicas reclamaciones de Roustán, si el bey, mejor obedecido en sus dominios, hubiese logrado siquiera impedir las incursiones de las tribus de la frontera en territorio argelino.

Las más independientes de dichas tribus y las más dadas al pillaje ocupaban una región montañosa, la Krumiria, comprendida, al Noroeste de la Regencia, entre Medjerdah y el mar. Sus incursiones en los círculos de la provincia de Constantina más próximos a la

de conquista ni de anexión. El 11 de abril, contestando a una interpelación del Sr. Janvier de la Motte, el presidente del Consejo repitió que no buscaba conquista alguna, y la Cámara le votó una orden del día de plena confianza. El 12 de mayo, en el momento en que Roustán y el general Bréart se hallaban todavía en el Bardo, Ferry repudió una vez más todo proyecto de anexión, y el 11 de mayo el tratado de Kasar-Said ó del Bardo fué votado por unanimidad en ambas Cámaras,



Humberto I de Italia

frontera eran constantes é iban siempre acompañadas de actos de banditismo, de rapiñas y de robos de ganado. El 30 y el 31 de marzo penetraron en gran número en territorio argelino y libraron, al sur de La Calle, a algunas compañías apresuradamente reunidas, un combate en regla que duró varias horas. Ya era tiempo de tomar una resolución. El gobierno francés leyó, el 4 de abril en el Senado y en la Cámara, una declaración, en que anunciaba que se habían tomado todas las medidas para poner fin a una situación intolerable. La declaración encontró un asentimiento unánime. Tanto en el Luxemburgo como en el Palacio Borbón, se creyó sin duda que se trataba de algunas medidas de policía, de algunas operaciones de gendarmería; el gobierno así lo creyó también, y ni aquel día, ni cuando pidió para tales operaciones un crédito de 6 millones de francos que fué concedido sin regatear, se habló de guerra, ni

después de vagas y tímidas reservas de los Sres. Clemenceau, Delafosse y Cuneo de Ornano en la Cámara de diputados y del Sr. Gontault-Birón en el Senado.

Desde el primer día, el gobierno negó tener intenciones de hacer la guerra. Si el general Farre reúne en tres semanas un ejército de 26.000 hombres, no es para hacer la guerra, sino para someter tribus rebeldes a la autoridad del bey. Hasta se ha ofrecido a éste cooperar con sus tropas al restablecimiento del orden; el bey ha rehusado y protestado; a pesar suyo y sin él los soldados franceses continúan la obra empezada que debe ser tan provechosa para el uno como para los otros. Hasta el final de la expedición, Ferry afirma el carácter pacífico de la intervención francesa, y no puede hacer de otro modo, puesto que la Constitución de 1875 subordina toda declaración de guerra al consentimiento de las Cámaras.